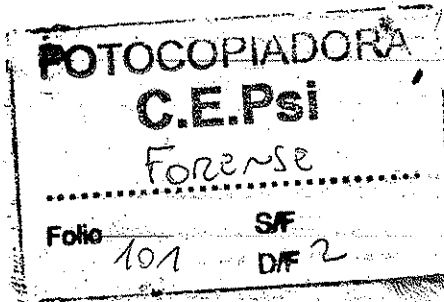


LA ETICA DEL PSICOANALISTA FRENTE A LO SINIESTRO (1984)

Post-scriptum



FERNANDO ULLOA

Hace más de diez años que trabajo en el campo de los derechos humanos. Cada tanto me detengo a elaborar un texto acerca de mi experiencia. Así lo he hecho para esta ocasión. Voy a ceñirme al rigor del mismo intentando fijar mi posición como psicoanalista frente a los derechos humanos.

El psicoanálisis se sostiene en un propósito: el develamiento de aquella verdad que estando encubierta, para el propio sujeto que la soporta, se presenta como síntoma.

Alcanzar o no este propósito suele ser aleatorio, pero que el psicoanalista no desmienta en su práctica lo que afirma teórica y técnicamente, fundamenta la calidad ética de su quehacer.

Es que el psicoanálisis es una propuesta ética. Para quien se diga psicoanalista, el serlo o no serlo está, por definición, enlazado a la producción de verdad. No hay escapatoria o negación posible si se pretende desentrañar el síntoma, porque precisamente el síntoma es solución de compromiso negociada.

La condición humana es de naturaleza trágica en tanto entrecruzamiento conflictivo del amor y del odio, del cuidado y la agresión, de solidaridad y egoísmo.

De esta dualidad dura está hecha la historia de cada individuo y la de la humanidad total.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, esta dicotomía trágica tiene dos destinos: o la salida ética donde la producción de verdad fundamenta justicia, o el calle-

jón ciego donde el síntoma, ahogado en el ocultamiento familiar y cotidiano, apaga su evidencia develadora, para volver a surgir como grito mayor en la alienación oligotímica, el sufrimiento neurótico, la perversidad violenta o el delirio psicótico.

Cuando el escenario de la producción sintomática, tiene la magnitud de lo que nos convoca —los “derechos humanos”—, quien se afirme psicoanalista, o lo es, hace justicia, o no lo es y a sabiendas, o no, hace complicidad. Según las circunstancias puede incluso hacer algo más siniestro aún. No en vano introduzco este término de tradición freudiana: lo siniestro. Aproximo con ello el horror y la malignidad de la que me ocuparé.

Las personas varían en alto grado con referencia al impacto que lo siniestro hace en ellas, dice Freud citando a Jentsch.

Esta diferencia del efecto siniestro depende del grado de distancia y negación o por el contrario de proximidad y conocimiento de lo que está oculto y es fuente de horror.

Freud trabaja este concepto en profundidad. Lo siniestro es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo antiguo, a lo familiar.

Por de pronto —y no me extenderé en esto— el vocablo alemán *heimlich*, que significa familiar, se transforma con el agregado de un prefijo de negación en *unheimlich*, algo así como infamiliar o más precisamente oculto o secreto, concretamente siniestro.

Lo siniestro siendo familiar es al mismo tiempo aquello dentro de lo cual uno no se orienta, algo promotor de incertidumbre.

En lo siniestro convergen los sentidos antitéticos de secreto y familiar.

Además Freud recoge en el diccionario de Sanders, entre otros significados, el siguiente: “mantener algo clandestino ocultándolo para que otros no sepan de ello y acerca de ello”.

Secretamente familiar, remite en la investigación psicoanalítica a lo que se denomina “el secreto de familia”

que como factor patógeno opera en la historia de algunos individuos.

En estas familias algunos personajes “están en el secreto”, el secreto les es familiar e incluso les confiere poder. El resto de la familia, de acuerdo a la naturaleza de lo oculto, suelen sufrir sin saberlo a ciencia cierta, las consecuencias de lo maléfico infiltrante de lo que les es oculto. Se convive con algo que se ignora aunque se lo presiente inquietante. Se puede sumar a lo oculto la propia negación frente a lo abyecto. Comienza así a surgir el efecto siniestro. Es como la malignidad infiltrante de un cáncer ignorado, o quizás denegado, pero existente.

Voy a referir un ejemplo que irá introduciendo mejor el propósito de esta presentación. Seguramente muchos de ustedes conocen el caso Paula. Paula es una nieta reencontrada por abuelas, que fue secuestrada junto con sus padres, y disimulada como hija legítima de una pareja cuyo hombre participó en el secuestro.

Por la edad de Paula cuando se produjo el secuestro, alrededor de 23 meses, ella tiene registro, sin duda reprimido violentamente, del horrible secreto familiar.

La malignidad enferma del mismo depende de la eficacia latente y constante que le confiere su naturaleza de horror oculto con el que se convive familiarmente.

Siendo secreto no hay oportunidad de palabra que articule los hechos en un relato. Entonces el secreto filtra y pervierte todos los vínculos y estructuras psíquicas de Paula.

El único remedio posible contra la malignidad de lo siniestro es el develamiento de aquello que lo promueve, simultáneamente al establecimiento de un nuevo orden de legalidad familiar. Aún dentro de lo doloroso de esta explicitación, de este hacer justicia, la verdad operará como incisión para drenar, aliviar y curar el abceso de lo siniestro.

Este caso ilustra dramáticamente el asunto de los lugares y las distintas respuestas en relación al efecto siniestro.

2

59 162

Paula, abandonada a su horrendo atrapamiento, corre los riesgos de la oligotomía, por violenta represión afectiva, de la perversión, en un intento compensatorio que haga fracasar la represión útil, de la desintegración psicótica.

En cambio los ejecutores de lo siniestro, los que están en el secreto, se mantienen en cierta forma insensibles a los efectos de lo horrendo. Ellos mismos son lo siniestro, sobre todo si logran la impunidad que pretenden, aunque de hecho en este caso ya han perdido la ocasión del ocultamiento. Esta impunidad confiere poder sádico, poder fascista. Hasta pueden elaborarse doctrinas y argumentos que intenten validar lo invalidable. Esto ocurre sobre todo cuando el escenario de lo siniestro traspasa los límites de una familia y cobra dimensión de la sociedad.

Los efectos siniestros dependen del lugar que se alcanza con relación a lo oculto. Así los responsables directos y cotidianos del horror que atravesó el país en los últimos años, no sólo lograban impunidad desde el ocultamiento, sino que ese ocultamiento garantizaba eficacia paralizante sobre la comunidad. En esto radica la metodología de la desaparición de personas sumado el horror de sus tormentos.

Más allá del sadismo fascista que impulsa el accionar del ejecutor, el estar secretamente familiarizado con los métodos confiere protección afectiva frente al horror.

Por otra parte, esta familiaridad tiene su costo terrible: reclama cada vez más víctimas para alimentar el aparato, la convicción sádica, y la indiferencia emocional. Hay que alimentar a Drácula.

Se habló cínicamente de excesos en la represión. En parte este cinismo configura una verdad. El efecto siniestro paralizante de la comunidad, pudo ser conseguido con muchas víctimas. Este aparato de diabólica eficacia requiere un alto mantenimiento de víctimas.

El número de las víctimas fue multiplicado para encapuchar a los operadores del propio sistema, avilencien-

do cada vez a los operadores y a cada vez a mayor número de ellos.

Es como esos criminales, que muerta la víctima, deben seguir apuñalando hasta matar su propio horror.

Lo anterior para el lugar de los victimarios, los criminales.

El lugar de las víctimas está ilustrado en los terribles relatos de los sobrevivientes.

Pero el lugar último, el más excéntrico y alejado de los antros de torturas es la comunidad toda, destinataria principal de la represión.

Nuestro país, como muchos otros, convivió familiarmente con el horror. Muchos intentaron distintas técnicas de ceguera. Lo siniestro ataca literalmente los ojos como reminiscencia castratoria.

Pero nadie pudo evitar que se infiltrara la maldad planificada desde una metodología —posiblemente inédita— de desaparición, silencio y tormento.

Frente a las desapariciones reaccionaba, como podía, el pequeño círculo de familiares y allegados, también algunas voluntades solidarias capaces de no retroceder ante lo siniestro, en general con pocos resultados inmediatos e inmenso mérito. La propia lucha por romper lo oculto fortalece frente a sus efectos.

Son los que intentaron salirse del lugar paralizante desenmascarando lo clandestino.

En grandes mayorías surgieron los mecanismos buscados por la represión: no enterarse del todo, mantener cuasi-secreto lo secreto, aceptar la eficacia del pánico evitando la conciencia del mismo. Denegación, aislamiento, ensimismamiento, manía, violencia desplazada, racionalizaciones, etc. El repertorio es inmenso, pero siempre precedido por la incertidumbre y el sobresalto.

Cuando mayor es la degradación de los ojos que no ven, más siente el corazón el terror eficaz que paraliza. Entonces la mayor verdad es la mentira que encapucha la evidencia.

Se puede ejemplificar este encapuchamiento en un recorrido tétrico.

Recorrido que se inicia en la cobardía idiotizante de la conocida frase "en algo andaría" o en la más sutil aun "debe ser un error, fulano no andaba en nada", frase que en otro lugar, el de la tortura, ha de convertirse, en boca de la omnipotente cobardía del torturador sistemático, en "algo ha de saber".

Se cierra así la trayectoria siniestra que realimenta en unos el desentendimiento suicida y en otros la sádica impunidad.

Mientras tanto se encapuchaban ambas evidencias en slogan y calcomonías provocadoras tales como "los valores occidentales y cristianos" o "los argentinos somos derechos y humanos".

Los mismos familiares pueden debatirse en los horrores de la duda "tal vez aún esté con vida" o "quizá ya murió y dejó de sufrir". Duda terrible que suele prolongarse en el tiempo donde a la esperanza de la reaparición con vida se contrapone, en algunos casos, el terror del posible precio estigmático pagado por sobrevivir: haber colaborado.

Quiero retomar el comienzo. Quien se propone ser psicoanalista, por definición, está atrapado en la cuestión de ser o no ser frente a miles de calaveras, recuperadas o desaparecidas que lo interrogan, no tanto en cuanto a lo que aconteció, sino principalmente en cuanto al testimonio de verdad que su práctica rinda.

No sólo lo interrogan las evidencias sociales que desde el acostumbramiento y la denegación promueven el olvido como otra forma de recrear la fuente oculta de lo siniestro. El olvido como valor social no sólo instaaura una cultura siniestra con todos sus efectos, sino que promueve la repetición de los hechos.

El psicoanalista, concorde con su ideología, podrá o no aproximar su colaboración directa al campo de los derechos humanos, pero si es cabalmente analista, si su práctica no desmiente las propuestas teóricas del psicoanálisis, no podrá dejar de hacer justicia desde la promoción de verdad como antídoto frente al ocultamiento que anida lo siniestro.

Hacer justicia es como hacer el amor, tiene actos de culminación y tiene constantes cotidianas.

Finalmente, son estas constantes cotidianas las que afirman o desmienten aquellas culminaciones.

Voy a finalizar con una frase de Fidel Castro que un amigo me recordó tiempo atrás: "La tortura es absolutamente contrarrevolucionaria en cualquier circunstancia".